EL SUEÑO DE UN SOLTERO.

EL SUEÑO DE UN SOLTERO,

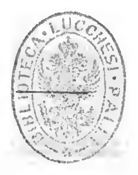
SUPOSICION CÓMICA

EN UN ACTO, ORIGINAL Y EN VERSO,

POR

D. ENRIQUE GASPAR.

Representada por primera vez en el teatro del Circo
en Enero de 1864.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.



PERSONAJES.	ACTORES.
CLOTILDE..........	DOÑA J. HIJOSA.
DOÑA VIRTUDES...	DOÑA B. VALVERDE.
PERICO...........	D. M. OSSORIO.
PEPE.............	D. J. BENETTI.

Un demonio, una pasiega, niños, un hombre emplumado y tres desplumadores de ambos sexos.

La accion del dia.

ACTO ÚNICO.

Jardin de una casa de recreo en Aranjuez. Calle en el centro, formada por dos filas de árboles corpulentos entrelazados por sus copas. Sillas rústicas y un banco ó sofá de piedra en primer término de la derecha. Anochece.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA VIRTUDES y PEPE.

VIRTUD. Desengáñate, sobrino,
su mal no tiene remedio.
Tu primo, sin que me ciegue
mi amor maternal, confieso
que tiene un poco de tonto
y otro poco de jumento,
cuyos dos pocos unidos
forman un mucho disuelto.
PEPE. En efecto, es apocado,
tímido como un cordero.
Despues discurre de un modo...
VIRTUD. Si; con los pies en paseo.
Á mí ya me tiene frita;
no puedo mas, lo confieso.
Él no hace mas que comer
y dormir. Despierta, al pienso;

comió ya, vuelta á dormirse.
PEPE. Pues su recurso es higiénico.
VIRTUD. Pero, por Dios, su manera
de engordar es la del cerdo.
La inteligencia se embota,
se le enmohecen los sesos.
Luego tiene pesadillas,
y el pobre es tan majadero,
que se llega á persuadir
de todo lo que vé en sueños,
y forma unos calendarios
que él aplica á los sucesos
de su vida, y los comenta...
PEPE. ¿Tan superticioso es Pedro?
VIRTUD. Y mira, á pesar de todo,
Perico tiene talento.
PEPE. Tia, en no querer casarse
dá una prueba de tenerlo.
VIRTUD. Eso no, Pepe, permite
que rebata tu argumento.
El matrimonio es la vara
con que, al apreciar los hechos,
mide las inteligencias
palmo á palmo y dedo á dedo.
Ya conoces á Clotilde.
PEPE. (Á mi pesar.) En efecto.
VIRTUD. Ya sabes que es una chica
s n un como y sin un pero.
Quedó huérfana la pobre
porque sus padres murieron.
PEPE. Si, ya comprendo la causa
cuando dijo usté el efecto.
VIRTUD. Pues bien, huérfana sin padres...
PEPE. Si ya sé lo que es un huérfano.
VIRTUD. Es que yo hablo de una huérfana,
y ya no es lo mismo, necio.
Amparo la dí en mi casa,
juntos entrambos crecieron,
juntos los ví regañar
en sus infantiles juegos,
y alimenté la esperanza
de juntarlos con el tiempo.

Pero Pedro no se junta.
PEPE. (Dios que se lo pague á Pedro.)
¿Por qué tiene usté ese afan,
si á él le gusta estar soltero?
VIRTUD. No, señor, si á él no le gusta:
quiere, pero tiene miedo.
Ademas, á mi sobrina
se la está pasando el tiempo,
y un dote de seis mil duros...
PEPE. Pero bien, tia, yo creo
que es muy fácil encontrar
'otro novio, por ejemplo...
VIRTUD. Adivino tu intencion,
pero tu intencion desecho.
Quieres casarte con ella
para atraparle el dinero
y jugártelo á una sota,
ó á un entrés, ó á unos polluelos.
PEPE. No señor, nada de albures;
los gallos son mi elemento.
VIRTUD. ¿Cómo, qué?
PEPE. Quiero decir
que emplearia ese dinero
en procurarle á mi esposa
siempre arroz y gallo muerto.
VIRTUD. Perico debe casarse.
PEPE. ¿Para qué?
VIRTUD. Pues está bueno.
¿Para qué se casan todos?
Para honrar el sacramento
con que la Iglesia autoriza
la santa union de ambos sexos.
PEPE. Pero hará muy mal casado.
VIRTUD. Al revés, lo hará muy bueno.
Los que á todo se acomodan
al doblar al yugo el cuello,
son los que viven felices,
aunque les pongan...
PEPE. ¿Qué?
VIRTUD. El genio
mas encontrado del mundo
en su mujer.

PEPE. En efecto.
Pero, tia...
VIRTUD. Pero, Pepe...
PEPE. Piense usted que yo la quiero.
VIRTUD. Antes que tia soy madre,
primero que Pepe es Pedro,
Y en fin, no me dá la gana,
conque no se hablo mas de ello
PEPE. (No, pues yo lo he de evitar.
Es tan bonita! la quiero.)
Aqui está mi primo.
VIRTUD. Si.
¿Viene dormido ó despierto?

ESCENA II

DICHOS y PERICO.

PERICO. Felices tardes, señores.
VIRTUD. Gracias á Dios que to vemos.
¿Vienes de dormir la siesta?
PERICO. He tenido un sueño horrendo,
y estoy convulso y nervioso.
VIRTUD. Malditos amen tus sueños,
que te tienen alelado.
Produce tan mal efecto
ver asi á un hombre con mas
bigotes que un granadero.
PEPE. Mi primo tiene razon:
el caso no es para menos.
VIRTUD. Vaya un par de pesimistas.
¿Y cuál ha sido tu sueño?
PERICO. Soñé que habiendo á la patria
prestado un servicio inmenso,
quisieron recompensar
de un modo especial mis hechos.
Todas las corporaciones
precedidas de maceros,
de batidores y heraldos,
á un salon me condujeron,
donde al entrar el *Gordito*
me recibió con un *quiebro*.

Hizo un heraldo mi apólogo,
hurrás lanzáronse al viento,
y dando un salto mortal
impuso á todos silencio.
Falda de crugiente seda
flotando en el pavimento
la presencia de Clotilde
nos puso de manifiesto.
Llevaba una espuerta al hombro
llena, por lo que ví luego,
de martillos y anatómico
quirúrgicos instrumentos.
De repente aquella gente,
lanzando un himno guerrero,
principió el trance fatal
á amenizar con sus ecos.
Despues de amarrarme al poste
llamado del sufrimiento,
mi prima bailando un polo
sacó de la espuerta un hierro,
y los ojos me saltó.
«¡Ya está ciego!» «¡Ya está ciego!»
dijeron todos en coro:
yo lancé un berrido horrendo,
y al querer mover la lengua,
trocando el polo en bolero,
mi prima me la cortó!
De pronto el bárbaro pueblo
principió á gritar en masa:
«¡Venga el beso! ¡Venga el beso!»
y el beso fué que Clotilde,
sacando un martillo inmenso,
me reventase los tímpanos
y me aplastase los sesos.
Entonces fueron los vivas,
el estusiasmo, el jaleo.
Volvió el heraldo á imponer
del mismo modo silencio,
pronunciando estas palabras
como epílogo sangriento:
«La patria reconocida
premió su servicio inmenso.»

«Ya ni vé, ni oye, ni entiende:
ya está casado don Pedro.»
Á esta voz me desperté,
dí un atroz sacudimiento,
y al fin pude respirar:
felizmente era soltero.

VIRTUD. Apuesto á que has comentado
segun costumbre tu sueño.

PERICO. Claro está: ¿no hay por ventura
visos de verdad en ellos?
Los sueños de Faraon
los interpretró un mancebo,
libertando asi al Egipto
de lo que todos sabemos.

VIRTUD. Pero tú te has figurado
que el matrimonio es un perro
que muerde al que se le acerca?

PERICO. Si no muerde, por lo menos
tiene en el año unos meses
en que está á la rabia expuesto.

PEPE. Perico, no seas tonto,
ya sabes tú que el buey suelto...

VIRTUD. Solo me faltabas tú
para... Perdóneme el cielo.

PERICO. Es que he leido á Balzac,
y Balzac tiene talento,
y Balzac no se ha casado,
ni se casará.

VIRTUD. ¿Se ha muerto?

PERICO. No señora.

VIRTUD. Pues entonces
Balzac balsará en el sétimo.

PERICO. Mamá mia, el matrimonio
tiene dulzuras sin cuento;
pero cuando el diente hincamos
en lo amargo, ¡Dios eterno!...
ni la parte posterior
de un pepino es buen ejemplo.

PEPE. Y ademas, la libertad
que tiene el hombre soltero,
que entra y sale á su capricho,
y triunfa...

VIRTUD. Y se queda en cueros.
Vosotros juzgais las cosas
á medida del deseo.
Pues Perico, yo te caso
por religion. Dijo el cielo:
«*Crescite et multiplicamine*»,
que te multipliques quiero.

PERICO. Mamá, es que hay ciertos productos
que pagan unos derechos!

VIRTUD. Pues esas son las ventajas
de un tratado de comercio.

PERICO. Mamá, ¿y los contrabandistas?

VIRTUD. Hijo, ¿y los carabineros?

PEPE. Clotilde viene.

PERICO. Me marcho.
Vente, Pepe, y hablaremos.

VIRTUD. ¿Dónde vas?

PERICO. No quiero verla.
Vacilo y la tengo miedo.
Si hubiese una sociedad
que asegurase los riesgos...
(Vánse Perico y Pepe.)

ESCENA III.

DOÑA VIRTUDES y CLOTILDE.

VIRTUD. Vá á hacerme perder el juicio
con sus tontunas sin cuento.

CLOT. Tia, y Perico?

VIRTUD. Se fué,
pero se ha marchado huyendo.

CLOT. Mire usted que es triste cosa.
¿Tan fea soy?

VIRTD. No, no es eso;
sino que Perico es tonto
de la cabeza.

CLOT. Lo infiero.

VIRTUD. Aqui es preciso inventar
un recurso, pero extremo.
Vamos á hablar formalmente
del negocio.

CLOT. Bien: hablemos.
VIRTUD. ¿Sabes qué es el matrimonio?
CLOT. Sí, señora.—Un sacramento (Recitándo
instituido por la Iglesia
para dar paz y sosiego
á los casados, y hacer
que den hijos para el cielo.
VIRTUD. No, no, deja al padre Vives,
que aunque Vives ya se ha muerto,
segun un sublime autor,
ese santo sacramento
es un detalle en la vida
del hombre de escaso mérito,
á la par que en la mujer
es de la suya el compendio.
CLOT. ¿Qué es un compendio?
VIRTUD. Un conjunto.
CLOT. ¿Sí? Pues está, segun veo,
en cuestion de conjunciones
por las disyuntivas, Pedro.
VIRTUD. Yo, acérrima partidaria
del goce puro y eterno
que produce el matrimonio,
como ya vieja me encuentro
y tú estás sola en el mundo
como la yedra, no quiero
que sin tronco en que apoyarte
besen tus hojas el suelo.
Pero los años se pasan
y tú ya pierdes el tiempo.
CLOT. ¿Qué es perder el tiempo?
VIRTUD. ¡Ay, hija!...
los desengaños funestos
que se tocan, la ilusion
que azotada por el viento
cual flor en la primavera
perfuma los dulces sueños,
que al fin hiela con sus copos
de riza nieve el invierno.
Es ese horrible sarcasmo
con el que insulta el espejo
cuando entre sedosos rizos

de resplandeciente negro
que las manos acarician,
una cana sorprendemos,
cuyo hielo al corazon
trasmite por nuestros dedos.

CLOT. Ay, tia, entonces, usted
ha perdido mucho tiempo.
(Mirándola la cabeza.)

VIRTUD. Mucho, hija mia.

CLOT. ¡Qué lástima!
Tal vez tiñéndose el pelo
volviesen las ilusiones;
pero es muy raro por cierto
que siendo cual dicen blancas
se simbolicen con negro.

VIRTUD. Las penas con ilusiones
jamás buen consorcio hicieron;
por eso al par que estas salen
(Por sus canas.)
vánse aquellas escondiendo.
(Por el pelo negro de Clotilde.)

CLOT. ¿Pero cuál es el recurso
que se ha de poner en juego?

VIRTUD. Tienes razon. Tú ya sabes
que nosotras poseemos
una fuerza irresistible,
que es el coquetismo. Bueno.
Los hombres continuamente
estan inventando medios
de defensa; pero nunca
la manera hallar pudieron
de embotar el dardo oculto
que asestamos en su pecho,
por lo cual, ya que tu primo
no atiende á razonamientos,
á ver si al fin que se case
logramos por ese medio.

CLOT. Pero yo, qué voy á hacer?
porque la verdad, no entien do.

VIRUD. Tú procura interesarle
el corazon: por ejemplo;
le presentas en relieve

tu horfandad, tu puro afecto.
Pon los ojos de besugo,
entre cerrados y abiertos.
Le das la mano. Estás triste.
Haz que lloras. ¿Traes pañuelo?

CLOT. Le traigo, pero está sucio.

VIRTUD. Pues te secas con los dedos.
En fin, haz por despertarle
de su letargo un momento,
porque á entrambos os conviene.
Tú le metes bien los dedos
en la boca para que hable,
que despues él hará el resto.

CLOT. ¡Ay! creo que ya se acerca.

VIRTUD. Pues sola con él te dejo.
¿Te has enterado?

CLOT. Si, tia.
Verá usted qué bien lo hacemos.

ESCENA IV.

CLOTILDE.

Frases de amor, no son vanas.
No es un fugaz pasatiempo,
y si empiezo á perder tiempo
me van á salir las canas.
Las canas, que ó mal oí,
ó es cada una una ilusion
que escapa del corazon
y se sale por aqui. (*Por la cabeza.*)
Serán las de la corveza,
sin duda sus impresiones,
puesto que las ilusiones
se suben á la cabeza.
Pues la tia, aunque se afana
por narrar sus tristes luchas,
debe haber tenido muchas
si sale á ilusion por cana.

ESCENA V.

CLOTILDE y PERICO.

PERICO. (Aqui está: siento encontrarme
con mi prima, y lo deseo.)
CLOT. (Pues señor, por lo que veo,
será preciso insinuarme.)
¡Chis! Buenas tardes, Perico;
el saludo no suprimas,
Perico. ¿Á que no te arrimas?
PERICO. Á que sí. No. (Vá á acercarse y se detiene.)
CLOT. Ves, borrico?
Anda, márchate, ¿á qué vienes?
PERICO. (Temo vacilar.) Ya es tarde.
CLOT. ¿Te vas? Bien. Anda, cobarde.
PERICO. Cobarde no. Aqui me tienes. (Se adelanta.)
(¡Y es preciosa! Accederia,
pero si me caso, y luego...)
CLOT. (Vamos á poner en juego
el consejo de mi tia.)
Cuando la sed te sofoque,
si te hallas en el jardin,
toma esa calle, y al fin
darás con un alcornoque.
Al pié una fuente de piedra
vierte un caño cristalino,
que al ir regando el camino
riega al pasar una yedra.
Yedra que del viento bronco
jamás las iras temió,
pues sus ramas enlazó
del alcornoque en el tronco.
Y al contemplar desde allí
de sus ramas el murmullo,
te ruego, oyendo su arrullo,
que pienses, Perico, en mí.
PERICO. De tu plan harto bucólico,
la razon no me la explico.
CLOT. Es que aquel tronco, Perico,
tiene mucho de simbólico.

Perico. (Comprendo. Su posicion...
Vamos, sin querer me arredro.)

Clot. Escucha un instante, Pedro,
la causa de mi afliccion.
Huérfana de instintos puros
me encuentro, sin otro arrimo
que el de una tia y un primo,
y un dote de seis mil duros.
Me amó aquel por pasatiempo,
sin duda se arrepintió;
mas la verdad es que yo
no puedo perder el tiempo.
Si aun mi recuerdo te inquieta
en vano es tratar de herirme,
que no podrás resistirme
al saber que soy coqueta.

Perico. (Para el demonio que al yugo
se incline, que me previene.)

Clot. (Que me vea ya conviene
con los ojos de besugo.)
(Le mira de cierto modo.)
Deja que el registro toque
que ablande un alma de piedra.
Ya lo ves, yo soy la yedra;
sírveme tú de alcornoque.

Perico. (De mi madre esto es capricho,
que esta infeliz inocente
ni lo que ha dicho lo siente,
ni sabe lo que se ha dicho
¡Con su candor me amilano!)

Clot. Te he vencido, ya lo sé:
no me contestas, ¿por qué?
¡Bien! te cogeré la mano. (Se la coge.)

Perico. (Su candor vá á dar lugar
á que me vuelva mas loco.)

Clot. ¿Qué? ¿no hablas asi tampoco?
Pues bueno. Voy á llorar.
(Finge que llora.)

Perico. Clotilde, por compasion.

Clot. (Esto si que le ha hecho mella.)

Perico. (¿Quién se atreve á dudar de ella?)

Clot. (Se ablanda. Pues apreton.)

(Llora mas fuerte.)

PERICO. (¿Á quién cariño no inspira?...)
No finjas fieros enojos
cuando estan secos tus ojos.

CLOT. ¿Cómo que estan secos? ¡Mira!
(Se los humedece con saliva.)

PERICO. En vano la farsa escondes
que en mi contra te han dictado.

CLOT. ¿Con que te aguantas callado?
¿Es decir que no respondes?
(Yo seguí con ansia loca
de sus consejos el curso.
Vaya el último recurso.)
Primo, ven, abre la boca.

PERICO. ¿Para qué?

CLOT. ¿Se te figura
que me asustan tus denuedos?
Te voy á meter los dedos
para que hables.

PERICO. ¡Criatura!

CLOT. Pues lo haré, mal que te cuadre,
que no me voy sin respuesta.

PERICO. ¿Crees que ignoro que esta fiesta
todo es obra de mi madre?

CLOT. Pues entonces...

PERICO. ¿Qué pretendes?

CLOT. Lo que me dijo la tia
que despues sucederia.
¡Jesus, hombre! ¿no me entiendes?
Me dijo que despues de esto...

PERICO. ¿De qué?

CLOT. De hacerte yo el bú,
que el resto le harias tú,
y estoy esperando el resto.

PERICO. El resto es que te bendigo,
y que por Dios me abras paso;
pues si sigo aqui, me caso
sin mas remedio contigo.
(La toma la mano y se la besa.)

CLOT. Buscas por irte un pretexto.

PERICO. Clotilde, no arguyas, no.
Adios... (La besa la mano y váse.)

CLOT. Pues ahora sé yo
que esto se llamase un resto.

ESCENA VI.

CLOTILDE y PEPE.

PEPE. (Sola está.) ¡Clotilde!
CLOT. ¡Pepe!
PEPE. Pues solos nos encontramos,
permíteme que un instante
te abra el corazon.
CLOT. ¡Canastos!
No, señor: voy á gritar
si tratas de hacerme daño.
PEPE. No, mujer, hablo en metáfora.
CLOT. ¿Qué?
PEPE. En sentido figurado.
Ya que Perico es tan ciego
que al contemplar tus encantos
como mudo espectador
sella impertérrito el labio,
permite que de mi pecho
la amante voz escuchando
venga á implorar tu cariño
de tus hechizos prendado.
CLOT. ¡Ay, Pepe! mucho lo siento,
pero no me gustas tanto
como Perico.
PEPE. ¡Perico!
si es tan feo.
CLOT. Y tú eres guapo.
PEPE. Mas tengo resolucion,
y Perico es tan pelmazo
que jamás echará el resto...
CLOT. ¿No? Pues mira, ya le ha echado.
PEPE. Si: los deja por las noches
en casa del escribano.
Jugamos él, su mujer
y Perico y yo, los cuatro.
CLOT. ¿Recibe restos de Pedro
la mujer del escribano?

PEPE. ¿Por qué no? Cuando los gana;
ayer soltó veinticuatro.
CLOT. No es posible.
PEPE. ¿No ha de serlo?
CLOT. ¿Pero se los dá en la mano?
PEPE. En donde mejor le pilla.
CLOT. Pícaro, bribon, ingrato.
PEPE. ¿Pero á qué son eses gritos?
CLOT. Á que ese hombre está abusando
de las reglas aritméticas.
Que hace de lo negro blanco,
pues al prodigar los restos
con semejante descaro,
no cabe duda ninguna
que resta multiplicando.
PEPE. Si ya te lo tengo dicho,
no te conviene ni tanto.
Lo que tú debes hacer
es olvidar lo pasado
y admitir esta pasion
que yo te estaba pintando.
Déjame que en mi paleta
busque un tinte sonrosado
para hacerte mas risueños
los términos mas lejanos.
Déjame que en dulce estilo
te explique el cómo y el cuándo.
Deja, en fin, que te eche el resto.
CLOT. ¿Cómo el resto? ¡Qué descaro!
PEPE. ¡Pero, Clotilde, por Dios!
CLOT. Pepe, suéltame la mano.
PEPE. ¡Calla!
CLOT. ¡Perico! ¡Perico! (Sale Perico.)
PEPE. (Con la real me he quedado.)

ESCENA VII.

DICHOS, PERICO.

PERICO. ¿Qué voces? ¿Qué te sucede?
CLOT. ¿Qué sucede? Que me marcho.
PERICO. ¡Pero mujer!

CLOT. Que me voy,
que me fuí, que vuelvo, ingrato,
á decir que sé lo de
la mujer del escribano.
Mira á Pepe, si te place
le puedes pegar un palo,
que ha tenido atrevimiento
de pedirme un resto. (Váse.)

ESCENA VIII.

PERICO y PEPE.

PERICO. ¡Bárbaro!
PEPE. Hombre, calma, mucha calma.
Meditémoslo despacio.
Yo pensé ver si por medio
de un ficticio amor logramos
que al ir premiando mi afan
te librases entre tanto
de la maldita coyunda
que aborrecemos entrambos.
Pero al querer pronunciar
ese siniestro vocablo
se armó la de San Quintin
en menos que canta un gallo.
PERICO. Lo que observo es que tus miras
no son las de un hombre honrado.
Tú pretendes á Clotilde
y me has hecho odiar el tálamo
para al separarme de ella
irte á tu vez arrimando.
Pero he visto su candor,
su inocencia, su recato,
y al ver que mi fé vacila
sospecho que al fin me caso.
PEPE. ¡Jesus, qué barbaridad!
¿De Balzac te has olvidado?
PERICO. ¡Calla! no me lo recuerdes,
que aun conservo los resabios.
PEPE. Tú piensas que el matrimonio
son tortas y pan pintado.

No recuerdas los peligros
que han de estar siempre colgando
cual la espada de Damocles
sobre tu cabeza?

PERICO. Vamos,
hazme el favor de callarte.

PEPE. Los excesivos cuidados
que exige la situacion;
los celos, horribles gastos,
que tu mujer está enferma
y el niño prorumpe en llanto,
y á deshora en calzoncillos
le has de pasear en brazos.

PERICO. Pepe, por Dios.

PEPE. Que el casero,
que ya botas, ya zapatos,
y en fin, perder hasta el nombre
de pila, pues los criados,
al pedirte á cada instante
dinero para los gastos,
te llaman «señor aceite,
señor pan, señor garbanzos.»

PERICO. Pepe, no mas.

PEPE. Y despues
lo mas grave que me callo,
los celos de suegra y nuera,
que acaban como el rosario
de la aurora; los amigos,
que aunque te tienden la mano,
solo esperan la ocasion
en que tú te estás ganando
el sustento de tus hijos,
para manchar lo mas santo,
lo mas sublime: el honor
de un esposo y padre honrado.

PERICO. Pepe, Pepe, me has herido.
No me caso, no me caso;
vete.

PEPE. ¿Quieres que prosiga?

PERICO. No, no: vete con mil santos.
Quiero estar solo, ¿lo entiendes?

PEPE. No te enfades, ya me marcho.

(No se casa; por lo pronto
ya me deja libre el campo.
Luego los seis mil del pico
ya procuraré atraparlos.) (Váse.)

ESCENA IX.

PERICO, se sienta en el sofá de piedra y se recuesta.

No puedo mas; la cabeza
se me vá debilitando,
y en lucha horrible se agita
de pensamientos contrarios.
Por un lado su inocencia,
por otro el horrible cuadro
de un porvenir el más lugubre
que los hombres inventaron,
y un amigo que me vende.
Vamos á soñar. Durmamos.
(Se queda profundamente dormido, y despues de una breve pausa principia el sueño, precedido de un par de ronquidos.)
Tú eres bella, mujer. Del hombre el pecho
consigues agitar, burlar sus mañas,
si no te vé salir del blando lecho
sin haberte quitado las legañas.
Ser celéstial, por quien me inspira enojos
la áspera senda que trazó mi mano,
preséntate una vez ante mis ojos
en traje de almorzar. No mas temprano.
(Se le aparece Clotilde en el grupo de árboles del foro.)
Deploro que á mi mente la importunes
recordando que joya tan pulida
se tenga que ocupar de otras comunes
y ordinarias funciones de la vida.
(Clotilde coge una escoba y barre.)
¡Ay! si, que es la mujer ángel caido,
ó mujer nada mas que cose y barre.
Hermoso ser para llorar nacido,
ó acémila infeliz de só y de arre.
(Desaparece la figura.)

Es casarse sufrir larga vigilia;
sembrar para coger ó poco ó nada,
sin faltar nunca un primo en la familia
que nos quiera jugar una primada.
(Aperece Clotilde hilendo estopa. Pepe á sn ledo con un cigerro en le mano, qne casi toca el copo, y un demonio entre ambos en actitnd de sopler.)
Jamás apuraré la amarga copa
que antes llevé á mi labio inadvertido,
que el hombre es fuego y la mujer estopa:
si viene el diablo y sopla, ¡ay del marido!
(Sopla el diablo, se inflema la estopa y desaparece el grupo.)
¿Quién se casa y admite el duro reto
de evitar el incendio? Es imposible.
Ninguno ha descubierto aun el secreto
de hacer una mujer incombustible.
Gozar de libertad mucho me alegra;
¿pero quién se resiste á la alegria
de ver á su mujer que con su suegra
disfruta de tan plácida armonia?
(Aparecen Clotilde y Doña Virtudes riñendo á brazo partido y tirándose de los cabellos.)
Basta, no mereceis tan duro trato,
pues temo al ver que á tanto al fin se atreven,
que si alguna se quita algun zapato
nos van á descubrir lo que no deben.
(Desaparecen.)
Pero en suma esa pena nada vale:
calma un goce los males mas prolijos.
¿Qué placer en el mundo habrá que iguale
al sublime placer de tener hijos?
(Aparece nne pasiega con nn niño de pecho en brazos y todos los chiquitines qne qnepan, tocando tambores, pitos y otros instrumentos.)
¿No son muchos, verdad? Pero con todo;
pues mi mujer lo toma con paciencia,
si no me inutilizo, de este modo
vá á ser la de Jacob mi descendencia.
(Desaparecen.)
¡Qué horror, qué porvenir! Jamás, Dios mio
fuera el lecho nupcial, mi catre pesco

que si es verdad que en Pascuas tendré frio
en cambio en el verano estaré fresco,
y alegre viviré, feliz y en calma,
ya en el suelo africano, ya en el sirio,
logrando que al morir me pongan palma
sí de virginidad, no de martirio.

(Aparece un hombre demacrado con un traje de vistosas plumas, en el centro y á su lado un par de hombres y una mujer que se ocupan en desplumarle con muestras de cariñoso afecto; ya acariciándole, ya estrechándole las manos, segun lo indica el diálogo. El primero pierde el cabello quedándose completamente calvo y los demas acaban de desplumarle la parte superior del cuerpo que deja ver la epidermis hasta la cintura.)

¡Pero cielos, qué horror! quéestoy mirando!
tormento mas atroz no se imagina,
á ese pobre infeliz le estan pelando
lo mismo que se pela una gallina.
Su rostro de dolor dá pruebas sumas,
y pelándole siguen sin conciencia:
no quitarle, por Dios, aqui mas plumas,
que podemos faltar á la decencia.

(Desaparecen.)

Que extraña aparicion tan de repente.
Frígido en pleno Agosto me ha dejado,
cuando á puro calor hasta la fuente
de la Puerta del Sol hoy se ha secado.
¿Por qué sin compasion se martiriza
al pobre que indefenso está en la lucha?
¿Ese paciente Job, qué simboliza?

ESCENA X.

PERICO dormido, CLOTILDE, como aparicion fantástica.

Clot. Pues lo quieres saber, calla y escucha.
Entregado á merced de la indolencia,
sofocando del pecho amante grito,
hoy le dice la voz de su conciencia,
que el no quererse uncir fué su delito.
Mientras tuvo dinero halló placeres,

brindándole amistad á todas luces;
no le faltó el amor de cien mujeres,
ni cenas que pagar en Andaluces.
Se hizo banquero, profesion amana
de esos que dan el pego y dicen: «tallo.»
Y una noche fatal de Nochebuena
todo su capital se comió un gallo.
Desde entonces se halló sin los testigos
que comiéronle un lado entre delicias;
negáronle su mano los amigos
y aquellas cien mujeres sus caricias.
Andaba hecho un Adan, abajo, arriba,
con la mano sujetos los calzones
por no tener un alma compasiva
que quisiera pegarle unos botones.
Pasó la edad viril en dos instantes.
Miróse en la carrera en un espejo,
y como el sabio autor de los amantes,
¡ay! qué rabia le dió de verse viejo.
Entonces suspiró por la familia,
soñó otra vez en su perdida calma,
llevando en su existencia de vigilia
pena en el corazon, hielo en el alma.
Y en vano en el hogar su cuerpo yerto
trató de combatir al cierzo impio,
como el mundo para él era un desierto,
se heló su corazon, murió de frio.
(Desaparece.)

PERICO. De frio... sin tenderle ni una mano
que amiga le aliviase de aquel peso.
Será horible morir pobre y anciano
sin el grato calor de un dulce beso.
(Despierta.)
¡Jesus y qué pesadilla!
¡vaya un sueño extraordinario!
qué porvenir tan horrible
me reserva el celibato;
tiene mas inconvenientes,
muchos mas que el de un casado.
No; yo no vacilo mas,
al enemigo me paso.
¡Clotilde! ¡Mamá! ¡Pepillo!

ESCENA ÚLTIMA.

PERICO, CLOTILDE, DOÑA VIRTUDES y PEPE.

VIRTUD. ¡Qué voces!
PEPE. Hombre, qué escándalo.
PERICO. Es que acabo de soñar
una cosa.
VIRTUD. ¿Qué? ¿has prestado
otro servicio á la patria?
PERICO. No, señora, que me caso.
CLOT. Gracias á Dios que una vez
sueñas algo bueno.
PEPE. (Vamos,
este se arrepentirá
cuando sueñe lo contrario.)
PERICO. Dispoga usted ya las cosas.
Vamos á ver al vicario;
hable usted con los padrinos;
corra usté á alquilar el cuarto,
y compre usted la envoltura,
digo el *trousseaux*; pero andando.
VIRTUD. Por Dios, hijo, ten mas calma.
PERICO. ¡Ay, Clotildita! te encargo
que reclames por los dos
de la boda el padrinazgo.
CLOT. ¿Y si con rostro indigesto
se me niega, qué he de hacer?
PERICO. No temas: eres mujer.
CLOT. Pues entonces echa el resto.



FIN.

Habiendo examinado esta obra dramática no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 31 de Diciembre de 1863.

El censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DEL AUTOR.

Corregir al que yerra.
El onceno no estorbar.
La escala del matrimonio.
Candidito.
No lo quiero saber.
¡Pobres mujeres!
El piano parlante.
El sueño de un soltero.